Tattoo artist

CATALINA GISELLE TOLOZA ESPINOZA

Ilustrado por: **SPRINGKOLORS**

Latidos EDITORIAL

©Latidos Editorial
Primera edición en Chile, noviembre 2025.
ISBN: 978-956-09673-6-7

Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:

©2025, Catalina Giselle Toloza Espinoza /Springkolors

Editora:
Cecilia Catalina Ormeño Torres

Diseño y diagramación:
Catalina Giselle Toloza Espinoza

Todos los derechos reservados.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmentes previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.

Tipografía: Biblioteca.

PRÓLOGO

Si me dieran una moneda por cada vez que me encontrara devorando la boca de un hombre en uno de los cubículos del baño de la facultad de Diseño, tendría exactamente una. Nada muy lucrativo, considerando que este era mi cuarto año de Periodismo. Ya lo había hecho en pasillos oscuros, puntos ciegos de las cámaras de seguridad, salas vacías, camerinos del equipo de básquet, incluso dentro de uno de los kioscos, pero nunca en los baños. Había cierto estigma de que solo los desesperados iban a quitarse las ganas ahí. Por supuesto, yo había sido uno de los que había escupido al cielo y dicho: «Nunca usaría esos baños por muy caliente que estuviera». Quién diría que hoy sería el día en que me tuviera que tragar estas palabras.

Me encontraba en la fiesta de bienvenida a los nuevos alumnos del campus creativo, el que estaba conformado por las facultades de Arte, Periodismo, Diseño, Teatro, Letras y Arquitectura. Este era el lugar de libertinaje nocturno preferido de los estudiantes *ad portas* de enfrentarse a un desafiante primer año universitario.

DJ y artistas actuaban en vivo, se vendía alcohol al por mayor a precios casi simbólicos de lo económicos que eran, había sustancias adictivas en cada esquina, y encuentros casuales por donde miraras. Nadie quería quedarse fuera.

¿Para mí? Este era uno de mis días favoritos para sacar mi cámara a pasear. Me encantaba el frenesí y dinamismo de las fotos tomadas en fiestas, podías palpar la energía a través del lente. Aparte, siempre salían buenos chismes de los que hablar en las semanas venideras.

Como ya llevaba casi tres horas en modo profesional, me permití disfrutar un poco del ambiente tomando uno, dos, tres vasos de un alcohol de dudosa procedencia con bebida. Mis sentidos ya no estaban tan despiertos, mis movimientos eran un poco más torpes, mi temperatura corporal había ascendido, mi credibilidad desde estos momentos debía considerarse cuestionable.

¿Dónde estás, Cami?
Te perdí.

Pabellón de Diseño, con Javier.
¿Terminaste con las fotos? Ya me quiero ir.

Sí, ya terminé.
Voy para allá. Espérame.

No alcancé a entrar a la facultad de Diseño cuando vi a alguien entre las sombras. Estaba apoyado en el muro y su rostro apenas era iluminado por la luz de la pantalla de un celular. Solitario, casi camuflado, como si la penumbra fuera su manto. Gorro, *jeans* y polerón negros. No podía distinguir quién era.

Tomé la cámara que colgaba en mi cuello, la destapé y, sin mirar a través del obturador, disparé. El *flash* nos encandiló a ambos, dejándonos aturdidos. Aproveché de retirar la memoria y la dejé en uno de los bolsillos traseros de mi pantalón, precaución que tomaba desde que me intentaron robar la cámara el año anterior. Ese hubiera sido el momento perfecto para seguir mi camino lejos de él, pero mis intrépidos pasos, en vez de ampliar nuestra distancia, la acortaron.

Una respiración, un latido, un último paso y gravitamos a encontrarnos. Todo se volvió difuso y borroso. No había notado lo cerca que estábamos hasta que una de sus firmes manos atrapó mi cuello y la otra se aferró a mi cintura. Me había capturado.

Me arrastró a las penumbras y me hizo parte de ellas. La nula distancia de nuestros cuerpos no dejaba nada para la interpretación, esto era una invitación explícita. Me regaló una sonrisa descarada que creí haber visto antes, pero no podía recordar dónde, ni al dueño de aquella coqueta boca.

«Maldición, no debí tomar ese último vaso», pensé.

¿Me estaba besando con un completo desconocido? ¿Realmente estaba tan caliente y necesitado de atención? De *su* atención. ¿Debía avisarle a Cam? A la mierda, da igual. Había que hacerlo por la anécdota.

Me dio un segundo para alejarme, empujarlo o simplemente hacerme de rogar, una oportunidad que rechacé con rapidez. Debía coronar esta noche como se debía. Solté mi cámara y esta quedó colgando de mi cuello, luego tomé su rostro entre mis manos y lo besé. Su sorpresa me hizo sonreír, así que dejé una suave mordida en su labio inferior.

—Yo quiero —murmuré en su oído para que me escuchara por sobre la música del DJ—. ¿Tú quieres?

No fue necesaria su respuesta. Nuestros cuerpos nunca se separaron, ni siquiera cuando entramos a tropiezos a uno de los cubículos del baño de Diseño a devorarnos las bocas con ganas y entre jadeos. Sus besos eran demandantes, intoxicantes y desordenados, como si no pudiera guardar la compostura, y me fascinaba. Su excitación me volvía loco.

Sus dedos masajearon mi nuca y me dieron un leve tirón en el cabello. Me alejé de su boca y gemí extasiado. No se detuvo, besó mi cuello expuesto y clavó sus dientes en una suave mordida.

«No hagas eso, que soy débil cuando son así de rudos conmigo». Mi pulso se disparó, estaba mareado, excitado, jadeaba y gemía sin ningún tipo de autocontrol. Colé mis manos debajo de su polerón y toqué la piel desnuda de su espalda. Él soltó un leve quejido ronco al sentir mis manos heladas, pero no se alejó. Amasó mi trasero por sobre mis *jeans* y juntó nuestras caderas para hacernos sentir lo duros que ambos estábamos.

Gemimos, y tuve que morder mi labio para contener la tonta sonrisa que quería asomarse por esta increíble impulsividad. Qué maravillosa manera de comenzar el año académico, parecía que me gané la lotería.

Me negaba a quedarme atrás. Dejé un camino de besos y succiones en su cuello, y mis manos hábiles fueron a desabrochar el botón de sus pantalones. El morboso sonido del descenso del cierre me estaba haciendo perder la cabeza por la anticipación. Mis manos podían sentir cómo el calor irradiaba de su ropa interior. Él sacó de mi bolsillo trasero un condón y un *sachet* de lubricante, y soltó una pequeña risa que me hizo sentir cosquillas en mi abdomen bajo.

¿Estaba soñando? ¿Había creado una fantasía sexual sin darme cuenta? No quería despertarme si era así.

Iba a quitarle esa sonrisa a besos, pero no pude.

—¡FIZ! ¡Sé que estás ahí adentro, te vi entrar! ¡Te he llamado a tu celular cinco veces!

Camila. Mierda. No, por favor. No ahora. ¡Diez minutos, no, cinco! Un orgasmo. Solo uno. Uno rápido.

Tapé con mi mano la boca de mi acompañante e hice una señal para que no emitiera ningún ruido. Quizás si no respondía, ella se iría, entonces me frotaría contra este desconocido, me vendría y luego la iría a buscar para irnos a casa. Todos felices y satisfechos. Una de las mejores fiestas de bienvenida de novatos, por mucho. Una historia digna de salir en el confesionario de la universidad.

—¡Fiz Lilac, no me hagas esto hoy! —gritó desde la puerta—. ¡No me siento muy bien, quiero irme, y le prometiste a mi mamá que me dejarías en la puerta de mi casa, sana y a salvo!

¡Ah, maldición! ¡Era verdad! «Sé que lo prometí, Cam. Solo espera un poco, por favor. Solo un poco. No tardaré. ¡Escucha estas plegarias telepáticas!».

—Fiz, voy a entrar y comenzaré a mirar debajo de los cubículos. Si te veo arrodillado entre las piernas de un hombre, te juro que será lo primero que filtraré en redes sociales mañana. Contaré hasta tres. Uno... Dos...

Eso me sacó una tonta risa. Ella manejaba las redes sociales de Blood and Tears, nuestra revista estudiantil, la cual acumulaba la para nada despreciable suma de más de veinte mil seguidores, lo que volvía su amenaza una bastante intimidante. Tomé una profunda inspiración y exhalación. Empujé al que iba a hacer mi pareja de esa noche para que se sentara en la tapa del retrete, dejé un beso en su mejilla y salí de ahí.

—¡Lo siento! Tendrá que ser para la otra.

Ni siquiera miré su rostro al despedirme porque sabía que eso haría que me arrepintiera. Y, como gritó mi mejor amiga, tenía una promesa que cumplir. Podía ser muchas cosas, pero un hombre desleal no era una de ellas.

—Sabía que estabas ahí adentro —me saludó Cam cuando me vio salir del baño—. Ya vámonos, por favor. Tomé algo que me cayó muy mal.

—Lo siento, lo siento. Dame un segundo, necesito ponerme mi polerón en la cintura.

—¿Ah? Mierda, Fiz. Sí te estabas enrollando con alguien en el baño —expuso algo asqueada y miró para otro lado para darme tiempo de ocultar mi erección—. No puedo creer que estuvieras arrodillado de verdad.

Lo desmentí de inmediato, porque por su culpa no llegué a arrodillarme. Pero ninguno de los dos se encontraba en condiciones de ponerse a discutir detalles en ese momento. Debíamos llegar a casa.

Ese día me fui sin muchas cosas: sin un orgasmo; sin conocer la identidad de aquel sujeto que besaba delicioso; sin un condón y mi lubricante; y sin la tarjeta de memoria de mi cámara, la que contenía la única prueba de que esto no había sido una fantasía que inventé en mi cabeza.